

RETIRO DE AURAY DE 1820

En mayo de 1820, los dos Fundadores anunciaron el retiro común que tendría lugar en Auray, el mes de setiembre. Se llevó a cabo en la capilla del Padre Eterno, que pertenecía a las Hermanas de la Caridad de San Luis, y que dedicaban la casa para retiros cerrados. A este retiro asistió Féli de la Mennais, hermano de Juan María, que era sacerdote y seguía los ejercicios desde el presbiterio.



Este retiro tiene vital importancia porque aquí tomó forma la congregación tal cual Juan María y Gabriel la soñaron:

- En este retiro es cuando la Congregación recibió el nombre de **Hermanos de la Instrucción Cristiana** y su divisa, **Dios Solo**.
- Durante el retiro se explicó la **Regla**, don del cielo, y los superiores de comunidad la copiaron a mano, no habiendo impresión escrita aún.
- El día 15 de setiembre, tuvo lugar la clausura con la **toma de hábito** y la **profesión del voto de obediencia** de unos 20 Hermanos. El voto fue hecho ante los dos superiores que estaban de pie uno al lado del otro.

Este retiro aparece como un verdadero momento fundacional del Espíritu, un “kairós” en el que Dios toma la iniciativa y da forma visible a lo que hasta entonces era intuición, deseo y promesa. No es sólo una etapa organizativa, es un acto de fe compartido, donde Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes reconocen que la obra ya no les pertenece, sino que nace y se sostiene en “Dios Solo”.

El hecho de recibir allí el nombre y la divisa es profundamente bíblico: nombrar es dar identidad. “Hermanos de la Instrucción Cristiana” expresa una misión concreta, humilde y audaz a la vez: educar desde el Evangelio. Y “Dios Sólo” purifica toda intención, recordando que ni el éxito, ni las obras, ni el número de hermanos son el fundamento, sino únicamente Dios, principio y fin de la vida consagrada.

La Regla, copiada a mano, revela un rasgo evangélico esencial: la pobreza y la docilidad al don recibido. Es un texto acogido como “don del cielo”, interiorizado con paciencia y cuidado. Al copiarla, los superiores no sólo reproducen palabras, inscriben la Regla en el corazón, dejándose formar por ella antes de pedir a otros que la vivan.

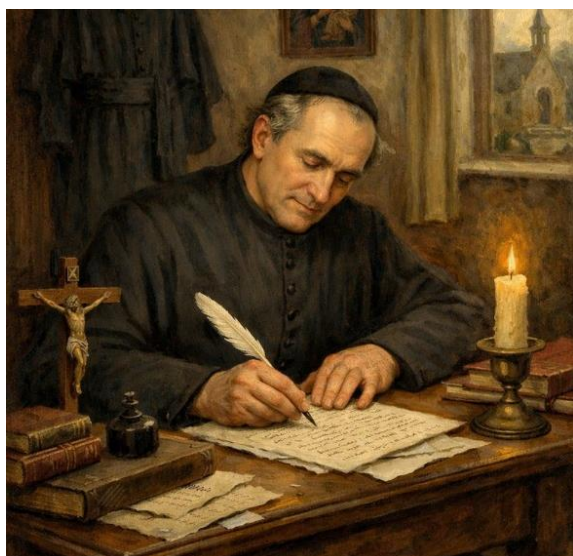
La toma de hábito y el voto de obediencia sellan este camino como una respuesta total. La obediencia, profesada ante los dos superiores juntos, manifiesta la comunión y la unidad en el servicio de la autoridad. No es sumisión humana, sino escucha confiada de la voluntad de Dios, mediada por la comunidad. Que sean unos veinte hermanos indica que el Espíritu ya ha tocado muchos corazones y los ha reunido en una misma entrega.

En este retiro, la Congregación se organiza no sólo desde estructuras, sino desde la oración, la obediencia y la fraternidad. Es un recordatorio permanente de que toda obra que quiere durar debe volver una y otra vez a este origen: a Dios, a la Regla vivida con fidelidad y a una misión compartida con sencillez y confianza.

El siguiente es el relato que hace el Hermano Hipólito Morin, muchos años más tarde, de este evento fundacional:

MIS RECUERDOS

Retiro de Auray de 1820 y peregrinación a Santa Ana de Auray



“El año 1820 comenzó para los dos Noviciados con la esperanza de reencontrarse en mayor número en el próximo retiro que debía tener lugar en Auray a comienzos de septiembre como los otros años. Esperábamos con una especie de impaciencia esta época tan deseada; llegó por fin, y nos fue permitido ver reunidos a los hijos de las dos cunas de la pequeña sociedad, para no hacer, siguiendo la expresión de nuestros Fundadores más que una sola familia. Éramos unos cincuenta

...

El retiro comenzó el 9 de septiembre, en el Padre Eterno, bajo la dirección de los dos Superiores, que ese día nos dieron el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana, y nos dieron por divisa estas

dos palabras tan expresivas: Dios Solo, que Boudon repetía tan a menudo y con emoción. Es durante este retiro que fue publicada la Regla. Nuestro Padre de la Mennais la leía, y nosotros escuchábamos con gran atención. Me acuerdo perfectamente que a mí, que no sabía lo que es una Regla, escuchando un tan gran número de prescripciones y de prohibiciones, el demonio me metió la idea de que no podría observar todo eso y cumplirlo durante toda mi vida. Quizá me hubiese retirado desanimado, a no ser gracias a un Hermano con quien lo compartí, que me animó en mi vocación tambaleante, porque a los 17 años la vida no parece tener fin y un compromiso para toda la vida mete miedo.

Se hicieron varias copias de la Regla, para que pudiese haber una en cada casa. Fue al final de este retiro cuando fueron pronunciados los primeros votos y tuvo lugar la primera ceremonia de toma de hábito. Me acuerdo siempre que tuve la dicha de participar en ella. Estos primeros votos fueron por un año. Al pronunciar la fórmula, los Hermanos de Auray decían: "Hago por un año voto de obediencia al Superior de la casa de Auray, y en caso de muerte de éste, al Superior de la casa de Saint-Brieuc". Los Hermanos de Saint-Brieuc decían: "Hago por un año voto de obediencia al Superior de la casa de Saint-Brieuc, y en caso de muerte de éste, al Superior de la casa de Auray"...

Acabado el retiro, nos dedicamos a conocernos. Todo el mundo estaba contentísimo, y nuestros superiores gozaban viendo que nos entendíamos tan bien. Me parece ver todavía al buen padre Deshayes venir donde nosotros al día siguiente del retiro, después de la oración de la mañana y decirnos: ¡Bien! ¿Cómo va todo hasta ahora? - Bien, Padre, ¿y usted? ...

Antes de separarnos, nuestros dos Superiores nos llevaron a Santa Ana para ponernos bajo la protección de esta buena patrona de Bretaña. El Padre de la Mennais nos dijo la misa en el altar mayor, y al final de la misa, dijimos las letanías de Santa Ana... Comimos en el pequeño Seminario donde visitamos las principales salas, el claustro y el amplio recinto y los otros lugares importantes.

Por fin, llegó el momento del adiós, y nos separamos. Nuestros Hermanos de Saint-Brieuc, y nuestro Padre de la Mennais a la cabeza, volvieron por el camino de Baud, pasando por Pluvigner; los otros Hermanos se dirigieron hacia sus establecimientos respectivos. Nosotros, volvimos por la Cartuja, a la que visitamos...

El relato del H. Hipólito Morin nos abre una ventana al nacimiento vivido de una familia espiritual. No se trata sólo de una fecha o de un acontecimiento histórico, sino de un encuentro de corazones que, viniendo de “dos cunas”, aceptan el desafío de hacerse una sola familia. Esta unidad no nace de la uniformidad, sino del deseo compartido de buscar a Dios juntos.



La impaciencia con la que esperaban el retiro revela un rasgo profundamente evangélico: el anhelo de comunión. Cuando la vocación es auténtica, el encuentro con los hermanos no cansa ni pesa; al contrario, se convierte en descanso y confirmación del llamado. En Auray, reunidos unos cincuenta, la pequeña sociedad se descubre grande no por el número, sino por la conciencia de pertenecer a algo que los supera.

La publicación de la Regla aparece, en el testimonio de Morin, como una experiencia muy humana: ilusión, temor, lucha interior. El joven de 17 años se enfrenta al vértigo de un compromiso para toda la vida y descubre que la vocación no está exenta de dudas. La tentación no se supera en soledad, sino gracias a la palabra fraterna de un hermano que anima y sostiene. La vocación se custodia en comunidad; nadie persevera solo.

Los primeros votos, pronunciados “por un año”, expresan una pedagogía espiritual llena de sabiduría: Dios no exige de golpe toda la vida, sino que invita a caminar paso a paso, renovando cada día el sí. La obediencia, ligada a personas concretas y a una fraternidad real, muestra que la entrega a Dios pasa siempre por mediaciones humanas.

Finalmente, la alegría sencilla de “conocerse” después del retiro y el gozo de los superiores al verlos unidos nos recuerda que el fruto más visible del Espíritu es la alegría compartida. Cuando una comunidad vive centrada en Dios Solo, brota naturalmente la confianza, la comprensión y la paz.

Como aquellos primeros Hermanos, también nosotros estamos llamados a creer que, cuando Dios es el único absoluto, todo se vuelve posible, y la pequeña historia personal se convierte en parte de una gran obra de comunión y esperanza.